



RAMSEY CAMPBELL
LUNA SANGRIENTA

En los desolados páramos del norte de Inglaterra, a la sombra de una moderna base de misiles, la población de Moonwell será víctima de un sangriento legado druida.

Moonwell constituye una pacífica villa turística, que en la actualidad todavía conserva algunas antiguas tradiciones, aunque en realidad se haya olvidado del origen de las ceremonias. Pero tan repentinamente como las nieblas que se generan en el páramo invaden el lugar, la llegada de Godwin Mann, un carismático evangelista, transforma al tranquilo Moonwell en un nido de desunión. Mientras un vecino se revuelve contra otro, el perverso dios druida de la luna, atrapado en un foso de los páramos, rehace su fuerza y espera el momento de perpetrar sus venganzas sobre la humanidad.

Los lugareños, hipnotizados por el fanatismo religioso, ¿están arrullados en la luz de Dios, o habitan en las sombras del mal?

A Steve y Jo, dos apasionados de la fantasía

Agradecimientos

Como es costumbre, se lo debo todo a Jenny, mi esposa, quien ha contribuido a que el libro tomara forma mientras lo escribía y ha supervisado su coherencia. Jean Hill me acompañó a una asamblea de Bill Graham en Liverpool, pero no estuve en peligro de sucumbir; a decir verdad, su sermón, insólitamente moderado, fue recibido con una buena dosis de escepticismo liverpoolense por los fieles. Stan Ambrose, del programa *Folkscene* de Radio Merseyside — BBC— refrendó a *Harry el Lunático*, canción que al parecer sintetiza diversas tradiciones populares del distrito comarcal de Peak.

No debo olvidar tampoco a Phil Booth, que me envió un rompecabezas para que me entretuviera mientras buscaba las palabras, ni al inventor o inventores del *compact disc*, cuya música me ayuda a no desertar de mi escritorio.

«La raza humana padece una enfermedad mortal llamada pecado».

Billy Granara

«Baja, Harry el Lunático, no nos acoses ya más, flores tenemos para agasajarte, en tu puerta las vamos a dejar».

Antigua canción popular de Derbyshire

«... *sustolere monstra, quibus hominem occidere religiosissimum erat, mandi vero etiam saluberrimum...*».

Plinio el Viejo, sobre los druidas

«... temer a la luna, alimentarla como debe hacerse y nunca contemplarla mientras devora...».

Tríada druídica citada por Posidonius

1

Nick Reid salió de la redacción del periódico a la desierta calle de Manchester, y se preguntó qué le recordaba aquel silencio. Inhaló una bocanada del aire fresco matinal y se desperezó, dando un respingo a causa de las magulladuras conseguidas además del reportaje. Sonaba insistentemente un teléfono en una oficina situada sobre Deansgate; un solitario automóvil avanzaba entre los populares almacenes de Piccadilly, ahuyentando de la calzada a las palomas, que emprendieron el vuelo hacia las cornisas de las ventanas. Nick se pasó los dedos por su ondulado cabello y trató de no pensar en el silencio. No podía ser importante ponerse a rememorar; lo único que quería era despejarse lo suficiente para conducir hasta su casa y luego echarse a dormir. Alzó la mirada a los últimos rayos solares que arañaban los inclinados tejados a través de una brecha abierta en las nubes que empujaban la tormenta hacia los Peaks. Entonces recuperó la memoria, como si le saltara a la nuca dolorida.

—Diana —balbuceó, y comprendió que se encontraba mal.

Entró renqueando en el edificio, atravesó el vestíbulo, que rechinó con nueva estridencia a sus pisadas, y subió hasta la biblioteca. Las pantallas grises y apagadas de los lectores de microfilmes refulgieron tenuemente bajo la iluminación tubular de la blanca habitación. Tenía que llamar a Diana —ni siquiera se acordaba de cuánto tiempo había pasado—, pero, desde luego, no había necesidad alguna de despertarla. Se puso a hojear el archivo donde se alma-

cenaban las publicaciones aparecidas en las últimas semanas, buscando el artículo sobre los Peaks.

Lo encontró en la edición del lunes anterior, en una de las exhortaciones de Charlie Nesbit a los lectores a no irse de vacaciones al extranjero cuando Gran Bretaña tenía tanto que ofrecer. El tono era idéntico al de la voz de Charlie en el bar donde comían, apuntando a sus oyentes con la boquilla de la pipa o soplando en ella siempre que exponía un punto, a su entender, incuestionable: por ejemplo, que el distrito de Peak era el enclave más antiguo del país, un don de Dios para los paseantes, y todavía sin malear por el turismo... Nick escudriñó los párrafos en los que se enumeraban los lugares dignos de visitarse y releyó el artículo despacio, con la esperanza de estar equivocado. Mas no, no había pasado nada por alto. No había mención ninguna de Moonwell.

Se esforzó en evocar la primera impresión de la localidad, las calles vacías, la armonía de los extensos marjales. Estaba agotado, por eso le costaba tanto avivar los recuerdos, pero ¿lo estuvo también Charlie? A menos que llegara desusadamente temprano, Nick tardaría horas en averiguarlo. Y tenía que averiguarlo. Retrocedió, cojeando, hasta el despacho contiguo a la biblioteca, cruzando un laberinto de acristalados cubículos, para esperarle junto a su mesa.

Un ordenanza dejó la edición matinal en el escritorio despertando a Nick de su modorra. Habían publicado su crónica, si bien él no había dicho que a la policía pareció importunarle su presencia tanto como a los mismos piquetes. Algunos de los redactores de las secciones especiales se hallaban ya en sus puestos, pero no había ni rastro de Nesbit. «Debe de estar desayunando», pensó Nick, y descolgó el teléfono. Contestó la esposa de Charlie.

—Aguarde un minuto —pidió secamente, y tapó el micrófono con la mano. Pese a tal precaución, Nick la oyó

quejarse—: A eso me refería —y el receptor se cayó sobre la madera.

Hubo una discusión que llegó amortiguada del otro extremo del hilo, antes de que Charlie preguntara:

—Qué, ¿tan urgente es lo que ocurre que no puede esperar a que haya terminado mi almuerzo?

—Charlie, soy Nick Reid. Perdona si te interrumpo.

—En honor a la verdad, me alegro de que lo hagas. ¿En qué puedo ayudarte?

Por un momento, a Nick se le quedó la mente en blanco. Acordarse fue como despertar de un sobresalto.

—Te parecerá una pregunta extraña, pero dime, ¿manipularon de algún modo el artículo que escribiste sobre los Peaks?

—No en lo que realmente importaba —respondió el hombre, divertido—. ¿Por qué? ¿Tal vez te han dulcificado de nuevo el tono?

—No más de lo habitual. No, te lo pregunto porque no mencionas Moonwell.

—¿Cómo?

—Moonwell. Sí, ese lugar donde topé con toda aquella histeria religiosa. Hasta tú opinabas que se excedían un poco cuando te lo conté.

—¡Válgame Dios, muchacho! ¿Todavía montas ese caballo de batalla? ¿No puedes dejar de inmiscuirte en las creencias de la gente? Con la poca devoción que nos queda hoy en día, sólo falta que vengamos nosotros a destruirla. —Charlie resopló y añadió—: De todos modos, me temo que mi palabra no es muy concluyente. Sigues empeñado en hablar de Moonwell.

—Acertaste. En la época de los romanos fue una mina de plomo. Decoran la cueva cada año, o así lo vienen haciendo hasta el presente. Vamos, Charlie, no puedes haberlo olvidado.

—Quiero decirte algo, chico. He trabajado en el periódico unos cuantos años más que tú, y ¡maldita sea!, hace

mucho tiempo que nadie me tilda, ni hay por qué, de incompetente. Ignoro qué mosca te ha picado esta vez, pero me has pillado en medio de una pelea y no estoy dispuesto a enzarzarme en otra. Acepta mi palabra de que nunca hubo un sitio llamado Moonwell en los Peaks.

«Sí que lo hay, yo mismo he estado allí», quiso gritar Nick, pero Charlie ya había colgado. Reid posó el auricular, intentando conservar la calma, y palpó los bolsillos de su chaqueta en busca de la agenda. ¿Había telefoneado a Charlie para aplazar la llamada a Diana? ¿Qué era lo que le asustaba escuchar? Quizá sólo el sonido que le respondió al marcar el número, el regular y agudo timbre indicando la imposibilidad de obtener comunicación.

«Puede que estén sobrecargadas las líneas», se dijo a sí mismo, y probó suerte en la centralita.

—Póngame con Moonwell —dijo a la telefonista. Y al solicitar ella que precisara más, especificó—: Con Moonwell, en Derbyshire.

Incluso le deletreó el nombre. Al fin, la telefonista le informó:

—Lo siento, señor, pero ese nombre no me consta.

Nick se quedó mirando fijamente el número de Moonwell escrito por Diana, y le tembló el cuaderno al oscilarle también el brazo en el que se apoyaba.

—Entiendo —repuso él, con una rara sensación de sosiego, como si ahora que se confirmaban sus temores inconfesados supiera ya qué partido tomar.

No echó a correr hasta llegar a la escalera. La lluvia salpicaba el adoquinado y bañaba su rostro mientras se dirigía, presuroso, al aparcamiento. Instalado en el Citroën, se sentía como si hubiera vencido el sueño, aunque un fugaz examen de su persona al ajustar el espejo retrovisor no acabó, precisamente, de convencerle, con sus ojos grandes, oscuros y jocosos mirándole desde su redondeada faz de pómulos salientes, nariz ancha, labios gruesos y mentón angular que nunca conseguía dar la apariencia de haber sido

rasurado a conciencia. Puso en marcha el vehículo y partió hacia los alrededores de Manchester.

La carretera de Stockport la abarrotaban los camiones que se dirigían a los Peaks. En el trayecto, un grupo de excursionistas detuvo el tráfico durante cinco minutos, y Nick perdió la cuenta de los semáforos que cambiaron a rojo en el instante mismo en que él llegaba. Pasados Stockport y los límites de Manchester comenzaron las aldeas con sus angostas y serpenteantes callejas y los bancales atestados de casas. De vez en cuando, a un lado de la calle una fábrica por alquilar, con su larga pared amarilla de piedra caliza como la arcilla bajo la lluvia. Unos pobres viejos en sus cochambrosos coches invadían el centro de la calzada, aminorando la marcha en los pasos de peatones incluso aunque no hubiera nadie. Nick creyó que nunca llegaría a los picos, a los Peaks, enhiestos tras los tejados de pizarra. De pronto, el trazado de la carretera se hizo menos angosto, se ensanchaba en unos tramos en las afueras de una localidad, y Nick pisó a fondo el pedal del acelerador, adelantando a cuatro automóviles lentos, y salió a la carretera hacia un terreno poblado de brezos.

En las suaves laderas fulguraban media docena de tonos verdes bajo el cielo encapotado. El brezo despedía resplandores púrpura, los cantos calizos rasgaban el verdor; unas tapias almenadas de piedra dividían las redondas vertientes como los antiguos diagramas del cráneo humano. A medida que la sinuosa carretera se elevaba se estrechaba cada vez más hasta no admitir más que un vehículo. Dondequiera que cruzaba un riachuelo, las protecciones de los márgenes iban desapareciendo. Un coche que había chocado contra la barrera y la había saltado en una curva muy cerrada señalizada con flechas, estaba allí con su chatarra oxidada a unos quince metros por debajo del asfalto. Las protecciones mismas se terminaban algo más adelante, y sólo las cunetas separaban la carretera de las empinadas colinas, donde las ovejas comían la apelotonada hierba y

espiaban con ojos amarillentos el automóvil de Nick. A lo largo de varios kilómetros no vio ni una casa ni un poste indicador. De pronto, se dio cuenta de que no sabía adonde iba.

Paró el coche en un tramo llano y desconectó el motor. Chorretones de lluvia manchaban las ventanillas laterales y desdibujaban las cimas lejanas. Ajeno al repetitivo golpeteo y chirrido de los limpiaparabrisas, el periodista tomó la guía oficial de carreteras y pasó las hojas hasta dar con el mapa del distrito de Peak.

Al cabo de un rato, manteniendo el dedo entre dos hojas y con el entrecejo fruncido, consultó el índice. Localizó Mooncoin, Moone y Moonzie, repasó la columna de arriba abajo por si habían colocado el nombre fuera de orden. Se dijo, encolerizado, que tenía que estar allí, al tiempo que volvía a abrir la guía por la página del mapa. Pudo situarse, de forma aproximada, donde escaseaban las carreteras y sólo aparecían algunas muy dispersas; la mancha verde junto a la carretera de Sheffield debía de representar las boscosas lomas que tenía enfrente. Agitó el libro y movió la cabeza pretendiendo así liberarse de aquel punto muerto. La intuición de que el nombre estaba allí impreso, pero que por alguna razón no era capaz de verlo, le inspiró el deseo de gritar, de alborotar o de hacer cualquier otra cosa que conjurara el hechizo. Cerró los ojos, por si la solución estribaba en relajarse. De pronto comprobó que ni siquiera sabía qué era lo que buscaba.

Se puso nervioso. Golpeó el claxon a ciegas, que rugió sin mucho estruendo en la desierta calzada.

—¡Diana! —llamó su sorda y atrapada voz en el coche—, ¡Diana de Moonwell!

Rememoró su melena negra azotada por el viento de los brezales, su rostro pálido y alargado, sus ojos almendrados y verdosos. La remembranza se amplió unos momentos y revivió el día en que la conoció, cómo se alejó de

Moonwell a través del bosque, más allá de los pinos y de los robles.

Susurró un quedo «Sí», puso el coche en marcha y se adentró en la lluvia, que tamborileaba en el techo y borra-
ba los picos lejanos. Tenía que fiarse de su corazonada, que le decía que el bosque era el que recordaba, tenía que confiar en que sus instintos le habían guiado bien en aquel primer trecho. Los pinos crecían más arriba, hasta que la
cuesta a la que se aferraban por millares alcanzaba casi la verticalidad. Le sugerían un ejército verde, una sucesión de flechas gigantescas plantadas en la aljaba de la tierra caliza, unos misiles de la naturaleza. Casi pasó de largo dejando
atrás la carretera vecinal que se sumergía en la espesura por una brecha de roca, con las paredes rezumantes de musgo.

Se abrazaban las copas de los árboles y obstruían los ecos de la tormenta, como si se hubiera metido en un túnel. Paró los limpiaparabrisas y se quedó solo con el zumbido del motor. De vez en cuando una ráfaga de lluvia se deslizaba entre el alto ramaje y rociaba el cristal, aunque no se divisaba el cielo. La quietud y la verdosa monotonía debía de estarle acunando, porque no advirtió dónde los pinos cedían el terreno a robles y fresnos. La calzada, tras bajar hacia los bosques, ascendía otra vez a medida que los árboles se arracimaban más apretadamente. O nubes o ramas se amasaban sobre su cabeza; tanta era la penumbra del camino que Nick hubo de encender los faros. Asoció las hileras de árboles en la penumbra que no horadaban los faros con los muros de rebordes pedregosos, saturados de agua representando los troncos. Mantuvo la mirada al frente, alerta a las alturas; abandonaría el bosque de un momento a otro, éste sí era el paraje correcto, y sin duda lo era. El agotamiento eternizaba el recorrido. Presionó más fuerte el acelerador, agarró el volante, los ojos le ardían con el esfuerzo de no desviarlos hacia las paredes húmedas y sombrías, árboles en realidad. De pronto éstos se disiparon

y se halló en un exterior abierto, bajo una bóveda turbulenta y hecha jirones.

La desprotegida carretera se alzaba hacia un horizonte ribeteado por peñascos, una línea tan aserrada como la espina dorsal de un dinosaurio. Se acordó ahora de que, más lejos, la tierra descendía abruptamente por la izquierda hacia unos roquedos salpicados de maleza en los que las rocas eran mayores que un turismo. En cuanto coronara la cresta distinguiría Moonwell en el reseco valle, con un único camino de salida que conducía a los pantanos. Levantó, sin embargo, el pie a fin de reducir la velocidad, pues tenía la perturbadora impresión de que los veloces nubarrones se habían inmovilizado.

Tenía que llegar a Moonwell antes de que el cansancio le hiciera más jugadas, si era aquello lo que estaba ocurriendo. Ansiaba más que nada en el mundo ver a Diana, asegurarse de que estaba a salvo. «Deprisa, pero sin prisa», se aconsejó a sí mismo, y apretó el pedal con más comediimiento. No había ruido de tránsito. Apagó las luces y apretó el acelerador tranquilamente, cuando automóvil y paisaje se vieron envueltos en unas tinieblas cegadoras.

Unos meses antes

2

Tan pronto como se reunieron en el campo los alumnos de la clase de Diana, empezó un clamoroso alboroto para ir a la cueva. Ahora que estaban fuera del ámbito de la escuela, los jóvenes se sentían, lógicamente, más libres, más sueltos. El pelirrojo Thomas contaba chistes malos que arrancaban risitas de sus compinches. Sally se caló las gafas, de monturas sujetas por esparadrapo, calzadas en la punta de la nariz, pestañeando como una abuela mientras advertía a su amiga Jane que no le soltara la mano. Ronnie incluso sacó un tirachinas del bolsillo de los pantalones que le había prestado su hermano, lo que le valió una severa mueca de reproche de Diana.

—Ya veremos si tenemos tiempo para visitar la cueva —dijo ésta a los cuarenta y tres muchachos—. Recordad, sobre todo, que queremos encontrar un montón de apuntes en vuestros cuadernos.

—Para que los señores Scragg sepan que hemos estado trabajando —aventuró Jane.

—Para que sepan lo buena que es la clase.

Tal vez eran sus modales barriobajeros como los de los chicos a los que enseñaba en Nueva York, pero era imprescindible moldearlos antes de que pasaran a la clase de la señora Scragg después de las vacaciones, al menos unos cuantos. La joven se repetía incesantemente que los muchachos eran fuertes, pero sólo pensar que tenía que poner a un chaval en manos de la señora Scragg durante tres años le entraban ganas de llorar.